

## EXAMEN DE LIBRO

### ¿PARA ENTRAR Y SALIR DE LA REVOLUCIÓN?\*

Mary Kay VAUGHAN, *Cultural Politics in Revolution. Teachers, Peasants, and Schools in Mexico, 1930-1940*. Tucson: The University of Arizona Press, 1997, 266 pp. ISBN 0-81-65-1675-8.

#### 1

Tengo una tendencia natural a sobrevolar las áreas, porque he dejado de creer que los datos hablan por sí solos, o que importan para la vida. Los considero un problema adicional para la memoria que no deja de recargarse y de reorganizarse. Lo cual no quiere decir que podamos vivir sin ellos, no como nos los venden los noticieros de cada día, sino como piezas subordinadas al acto de comunicar. Por eso las preguntas serían: ¿qué es lo que nos quiere comunicar este libro como historiadores?, ¿de qué nos quiere informar?, ¿a qué nos está convocando?

Se trata de un libro rico en información, pero sobre todo en ideas, en problemas que invitan al comentario o al cuestionamiento. Se puede leer como un trabajo de síntesis, como el final de un largo viaje por la revolución mexicana. Tiene la virtud —lo cual se agradece en estos tiempos difíciles— de estar muy bien escrito, muy bien estructurado, coherente, y no ser muy grande ni muy chico. Doble virtud para empezar.

Es también un texto que obedece a una práctica: la de la historia en su doble acepción. Da cuenta, al mismo tiempo, de una

\* Este texto fue leído durante la presentación del libro en la Universidad Autónoma de Puebla, el 11 de marzo de 1999.

trayectoria de vida —la de la historiadora— y la de un fragmento de vida del pasado de la Revolución. Un doble movimiento que se distiende y se tensiona entre antes y después de la Revolución. Su escritura se mueve en el límite de esa tensión. Por eso es un libro de historia: un texto comprometido con el tiempo que transcurre. De ahí que sea inevitable que se noten ciertas marcas impuestas por el presente y que funcionen como eje de su arquitectura. ¿Qué quiero decir con esto? Que el término del trayecto se constituye, en realidad, como su comienzo. Significa que su lectura sobre el origen de la revolución cultural de la década de los treinta, se realiza desde lo que se considera como su término. En la última página del texto se describe cómo ese Estado, promotor exitoso de la sociedad civil, paulatinamente sería incapaz de responder a las demandas de ésta. En el libro se trata de reconocer, por un lado, el éxito cultural del Estado, y por el otro, también de mostrar sus limitaciones. Hasta aquí se podría ver como un texto “revisionista”.

En su escritura se entrelaza la historia de quien lo ha escrito y la de lo que ahí es narrado. No deja de ser fascinante, por tanto, que este libro pueda leerse bajo una doble clave: como confluencia de esos dos horizontes, la de la autora y la del evento narrado; pero apunta también su posible separación, la de la sociedad civil —incluido ahí al historiador— y la de la sociedad política o formas de dominación estatal. El último párrafo transpira esa esperanza. Como lector debo decir que me ha ayudado mucho que su autora proporcione oportunas indicaciones para seguirle el hilo a sus protagonistas. Se trata de un texto reflexivo, y en ese sentido, comprometido.

Nos informa del modo cómo el Estado de la Revolución construyó su hegemonía en el campo de la cultura. O dicho con otras palabras: de la forma cómo el Estado surgido de las “revoluciones” de 1910, estableció su dominación política en el campo de las conciencias. La forma cómo el nuevo régimen internalizó las reglas de la llamada Carta Magna de 1917 en el “imaginario” político de sus gobernados. Por medio de sus páginas se nos explica qué tipo de mecanismos u operaciones intervinieron para dar lugar a esa nueva cultura nacional revolucionaria; digo “intervinieron” porque se trató de negociaciones que estructuraron los campos social y político en esos años y dejaron huella en los que le siguieron.

Esta discusión busca ser ejemplificada a partir de cuatro estudios de caso, de cuatro comunidades rurales diferenciadas por

sus condiciones étnica y geográfica. Pero intenta singularizarse a partir del estudio de una institución: la escuela rural. Ésta se concibe como un espacio donde tienen lugar la confrontación y la negociación entre las partes: el mundo oficial representado por la SEP y el campesino. La noción de espacio evoca un lugar por el que deambulan, circulan, se atraviesan o se enfrentan personas, cosas e ideas. En el caso de la escuela, los principales actores son los maestros rurales. Al hacerlos intervenir lo que se puede ver es la confrontación entre dos clases de normas: las del Estado que lucha por “modernizar” (cambiar hábitos) y las de la cultura campesina que ofrecen “resistencia”. A Mary Kay le interesa, en particular, dejar ver las prácticas de “desviación” que ocurren precisamente en el marco de esa confrontación. Esto sólo es posible al hacer intervenir a las culturas locales: la de Zacapoaxtla y Tecamachalco en Puebla y las dos comunidades situadas en las riberas del río Yaqui en Sonora, la de los indios yaquis y, otra, producto de la inmigración.

## 2

El interés que atraviesa la exploración de estas cuatro diferentes experiencias históricas es ver cómo la Revolución se apropió de “lo popular” en esos años, creando una nueva estética “revolucionaria” en el campo de la plástica, de la música, de la literatura, de la danza..., y también, de la historiografía. Una de las tesis principales es que durante esos años “lo popular” y su representación fueron subsumidos dentro de la lógica del Estado. Por medio de esta operación el Estado obtuvo la legitimidad necesaria para gobernar “en paz” las siguientes décadas. Sin embargo, se puede añadir que esa Revolución, en el campo de la cultura, no se entendería en cuanto a su amplitud y avasallamiento, si no se considera el desarrollo de la industria cultural o desarrollo de los medios masivos de comunicación (cinematografía, fotografía, periodismo de reportaje, radio, prensa...) Sin contar con éstos, y en muchos casos con sus monopolios, es muy probable que esta revolución no sería la Revolución que escribimos con mayúscula, sino una más entre otras como las del siglo XIX. Por sí misma la escuela es un ámbito bien localizado y delimitado frente al alcance de los medios de comunicación electrónicos. Por eso en el siglo XX la escuela sola no permite entender la Revolución con mayúscula. Aunque se debe reconocer —y ésta es una de las principales aportaciones del libro—, que la escuela de-

sempañó un papel fundamental en las reorganizaciones social y política que tuvieron lugar en esos años en los ámbitos local y regional; reorganizaciones que se moverán entre los patrones culturales del “antiguo régimen” (el porfiriato) y los “nuevos” de la Revolución.

El término “negociación” es por eso una de las llaves maestras del texto (el otro es el de “hegemonía”). “Negociación” entre dos poderes: el del central y el del local y/o regional. “Negociación” como resultado de la confrontación entre reglas: las de los modernizadores y las de los “tradicionales”; las del antiguo y las del nuevo régimen. Aquí cabría preguntarse, dentro de esa dinámica, ¿qué tan nuevo es lo nuevo? O, ¿qué tan viejo es lo viejo? Se puede plantear de otra manera: ¿qué tanta revolución hay dentro de una revolución en cuanto a sus formas de autocomprensión (discursividad), no tanto en cuanto a sus innovaciones materiales o tecnológicas? Creo que ésta es una de las razones por las que este texto se puede situar dentro de la historiografía “posrevisionista”: en la medida en que deja entrar al juego del poder y su explicación sociológica, la consideración de “lo cultural”. Cada uno de los cuatro estudios se estructura de manera similar: se presentan “los legados porfiristas” o aquellos mundos de vida campesinos conformados por las rutinas de cada día, para luego contrastarlas con las “expectativas” generadas por la “modernidad revolucionaria”. Cada capítulo se cierra con una reflexión compuesta por tres elementos: resistencia, hegemonía y escolaridad.

Tal vez la noción de “resistencia” sea una de las más problemáticas para entender la dinámica de la acción social. Se podría jugar con el axioma de que a toda acción (modernizadora) corresponde una reacción (tradicionalista). Sabemos que se trata de una metáfora extraída del mundo físico para explicar hechos del mundo social. Lo difícil, en este caso, es tomar este movimiento de origen físico para explicar fenómenos culturales o de conciencia. ¿Hasta dónde y cómo se puede hablar de que “los subalternos” se resisten o se han resistido a la “modernidad”? ¿Hasta dónde esos recursos o gestos “tradicionales” no son sino una de las partes de la negociación para entrar a la modernidad desde sus propios términos?

Quisiera sugerir que el mismo principio podría aplicarse a las “elites”, independientemente de filias liberales, conservadoras o de izquierda: finalmente, su sobrevivencia pende de los desafíos que enfrentan las clases subalternas en la modernidad. Ambos —no sólo los campesinos— traen también consigo un “legado

cultural porfirista” que sólo hasta la crisis de la década de los años veinte, comenzó a cambiar de función; pero todo cambio que supone la desaparición de algo, tiende a hacerlo reaparecer de otra manera: generalmente, como simulacro o farsa. Es decir, esta fase modernizadora supone un proceso de “desruralización” creciente de la población mexicana; pero de manera extraña, ese mundo rural reaparece “campiranizado”, ya digerido para los nuevos gustos urbanos. La ciudadanización trae consigo lo viejo, pero de otra manera: folklorizado. Un componente central del proyecto modernizador consiste en limpiar al nopal de espinas para acercar ese mundo “agreste” a un nuevo público —previamente desarraigado y ubicado, de manera creciente, en ciudades y pueblos “engrandecidos” por la migración. Para “no olvidar” se trae consigo el campo a la ciudad. Ahí está la arquitectura sublime de Barragán como una de sus manifestaciones. Una arquitectura situada en el punto de intersección del pasado porfiriano-de-haciendas y el futuro revolucionario de la nueva “ciudadanización”, hoy nuestro presente más acabado. Esto es el resultado de lo que Mary Kay describe como proceso de “nacionalización de la cultura popular”, momento en el que hasta los “niños de lengua náhuatl se enteraban de la danza del venado y los niños tarahumaras del jarabe tapatío” (p. 46). Ya Robert Darnton<sup>1</sup> había observado, para Francia, el proceso de adulteración del cuento “salvaje” de la Caperucita roja.

## 3

La SEP, como se lee en este libro, se apropió de muchos gestos y símbolos activos en la vida cotidiana del mundo rural para construir una cultura común: un discurso en el que todos los mexicanos se reconocieran como parte de la Revolución, de sarape, sombrero, guitarra y pistola. Durante este periodo la Revolución incluyó también la “institucionalización” de ese nuevo “imaginario”. La tarea de sus herederos sería la de administrar su legado. A este respecto me atrevería a pensar que la misma historiografía no ha podido escapar del todo de los márgenes impuestos por este “legado revolucionario”. Hasta cierto punto explicable: se trata de un legado funcional, aunque en proceso de deterioro.

<sup>1</sup> *La gran matanza de gatos y otros episodios en la historia de la cultura francesa*. México: Fondo de Cultura Económica, 1987, pp. 15-80.

Concuerdo con la apreciación de Mary Kay en el sentido de que el régimen Calles-Cárdenas consiguió agrupar a la pluralidad de experiencias de vida de los mexicanos en una sola representación. Eso en la medida en que mostró suficiente flexibilidad para incorporar toda clase de “reacción” (en algunos casos auténtica “disidencia”) a su discurso. Supo desarrollar un agudo olfato y sentido político para sobrevivir. Aprendió a entender su “debilidad” y de esa manera se fortaleció. Éste es uno de los corolarios más relevantes del texto. Y se podría añadir, de manera retrospectiva, que con estas políticas culturales se sentaron las bases para la urbanización y “concreción” masiva de nuestra forma mayoritaria de vida. El campo, el paisaje y el pasado quedarán sólo como parte de un sueño o de alguna película.

No creo que la intención de la autora sea fijar en ese periodo el momento clave que define la modernidad como el de la separación entre cultura y naturaleza, salvaje/civilizado, rudo/ilustrado, pueblerino/ciudadino y decente/indecente; pero sí como el escenario privilegiado de su apropiación y reproducción por parte del sector político-militar triunfante de lo que se conoce como revolución mexicana. Concepto, por otro lado, que no es desprendible de la construcción de ese imaginario político que sin duda ha marcado las prácticas de las siguientes generaciones: todos y todo *con* la Revolución, nada ni nadie *contra* ella. En ese sentido, la expropiación y nacionalización petrolera de 1938, fue un momento culminante de ese proceso de formación del Estado cultural, entendido como el de la “aclamación” u obtención del consenso “popular” por parte de ese nuevo régimen de dominación política.

Sin embargo, una perspectiva menos entusiasta —digamos la del historiador—, podría dibujarse también dentro del texto. De hecho, se hace evidente en algunos pasajes al sugerir la crisis de legitimidad de ese régimen en el presente. No hay hegemonía, por tanto, que dure cien años, o como lo señala Mary Kay, toda hegemonía es “efímera”. Hay algunos autores que prefieren hablar de “dominación sin hegemonía” como es el caso del historiador indio Ranhit Guha, pensando el problema desde la condición, propia de los proyectos englobados en la modernidad democrática. En este sentido, en la escritura de esta historia se tiende a privilegiar la construcción del consenso —lo cual no significa que desatienda los conflictos y las contradicciones—; pero ¿qué sucedería si se escribe otra historia que privilegie el disenso o la violencia de Estado, ejercida para controlar proyectos de “sociedad civil” que pudieron ser y no fueron?

No cabe duda de que este texto viene a cumplir una función de gran importancia al desagregar al Estado, en términos de un tipo de discursividad historiográfica omnicomprendensiva. Sin embargo, el Estado se mantiene aquí como el referente fundamental de esta historia, aun cuando pudo asumir diversas modalidades en los ámbitos regional y local. Por eso cabe todavía hacerse la pregunta de si ¿conviene o no continuar con la exploración de otras formas historiográficas viables para “salir de la Revolución”? Entonces estaríamos hablando propiamente de un nuevo comienzo historiográfico y, en ese sentido, habría que preguntarnos ¿qué tanto este excelente libro forma parte ya de esta nueva historiografía?

Guillermo ZERMEÑO PADILLA  
*El Colegio de México*